

nal, lo venderían y podrían comprar pan. El viejo *Buenamuerte* y el tunante de Juanillo acababan de salir para dar un paseito; mientras Alicia, que pasaba muchos ratos en el campo cogiendo ensalada, se había llevado á los pequeños. Sentada junto á la lumbre, que ya no se atrevían á avivar demasiado, la mujer de Maheu, con el corpiño desabrochado y con un pecho fuera, daba de mamar á Estrella.

Cuando el joven acabó de leer la carta, la mujer le preguntó:

—¿Buenas noticias? ¿Enviarán dinero?

Él contestó con un gesto negativo, y ella replicó:

—Esta semana no sé lo que vamos á hacer... En fin, por algún lado vendrá. Cuando se tiene razón, ¿no es verdad?, se tienen ánimos, y se acaba por ser los más fuertes.

Ya se había hecho partidaria decidida de la huelga. Mejor hubiera sido obligar á la Compañía á que hiciese justicia sin abandonar ellos el trabajo. Pero puesto que estaba declarada la huelga, no se debía volver á las minas hasta tanto que se satisficieran las justas reclamaciones de los obreros. En ese punto, la buena mujer se mostraba de una energía inquebrantable. ¡Antes morir que hacer como si no se tuviera razón, teniéndola!

—¡Ah!—exclamó Esteban.—¡Si viniera un cólera que nos desembarazase de todos esos infames explotadores!

—No, no—respondió la mujer de Maheu:—no

hay que desear la muerte á nadie. No conseguiríamos nada tampoco, porque aparecerían otros... Yo lo único que pido es, que éstos entren en razón y sean más sensatos, y espero que lo hagan, porque, después de todo, la gente no es tan mala como dicen... Ya sabéis que no soy partidaria de vuestra política.

En efecto: la mujer de Maheu censuraba de ordinario la violencia de sus discursos, y le encontraba demasiado batallador. Que uno quisiera que le pagasen el trabajo como era debido, estaba bien; pero ¿á qué ocuparse en una porción de cosas, y de los burgueses, y del gobierno? ¿A qué mezclarse en asuntos ajenos, cuando no podía uno esperar nada bueno de aquella intervención? Y si la mujer de Maheu le apreciaba, á pesar de todo, era porque no se emborrachaba, y porque le daba puntualmente sus cuarenta y cinco francos por el pupilaje. Cuando un hombre tenía buena conducta, se le podían perdonar todas sus faltas.

Esteban habló entonces de la República, que debía dar pan á todo el mundo. Pero la mujer de Maheu meneaba la cabeza con ademán incrédulo, porque se acordaba del 48, un año de perros, que les había dejado en cueros á ella y á su marido en los primeros tiempos de su matrimonio. Se engolfaba narrando lo que habían sufrido con voz monótona y los ojos fijos en la pared, mientras su hija Estrella, sin soltar el pecho, se quedaba dormida sobre sus rodillas; y Esteban, absorto también, miraba aquel

pecho enorme, cuya blancura mate contrastaba con el color amarillento del semblante.

—¡Ni un céntimo—murmuraba ella;—ni una miga de pan que llevarse á la boca, y todas las minas cerradas! ¡En fin; la muerte de los pobres, lo mismo que ahora!

Pero en aquel momento se abrió la puerta, y ambos interlocutores se quedaron mudos de sorpresa al ver entrar á Catalina. Desde su fuga con Chaval no había vuelto á presentarse en el barrio. Su turbación era tan grande, que olvidó cerrar la puerta, y se quedó temblorosa en el dintel de la misma. Indudablemente esperaba encontrar sola á su madre, y la presencia del joven le impedía decir lo que había ido pensando por el camino.

—¿Qué vienes á hacer aquí?—gritó la mujer de Maheu, sin levantarse de la silla.—No quiero verte más. ¡Vete en seguida!

Entonces Catalina hizo un esfuerzo para encontrar palabras.

—Mamá... te traigo café y azúcar... para los niños... Siempre estoy pensando en ellos...

Y al mismo tiempo sacaba del bolsillo una libra de café y otra de azúcar, y las ponía sobre la mesa. La huelga de *La Voreux* la atormentaba, porque ella seguía trabajando en *Juan Bart*, y no había hallado más medio que aquel para ayudar á sus padres, con el pretexto de cuidar á sus hermanillos. Pero su buen corazón no conmovió á su madre, la cual replicó:

—En vez de traernos chucherías, te podías haber quedado en casa para ayudarnos á ganar el pan.

Y la pobre mujer la insultó, lanzándole al rostro todo lo que hablaba contra ella desde hacía un mes. ¡Escaparse con un hombre, amancebarse á los dieciséis años, teniendo una familia que la quería! ¡Ni la última bribona, ni la hija más desnaturalizada hubiese hecho otro tanto! Se podía perdonar una falta; pero una madre jamás olvidaba una canallada semejante. ¡Y si la hubiera tenido sujeta, vamos, menos mal! Pero, no; era libre como el aire, y no se le exigía sino que fuese á dormir por las noches á su casa.

—¡Vamos á ver! ¿Qué demonios tienes en el cuerpo á tu edad?

Catalina, inmóvil junto á la mesa, escuchaba á su madre con la cabeza baja. Un estremecimiento nervioso agitaba aquel cuerpo endeble de niña más que de mujer, y la pobre trataba de contestar con frases entrecortadas:

—¡Oh! ¡Si fuera cuestión mía nada más! ¡Como si esta vida me divirtiera!... Es él. Cuando quiere una cosa, no tengo más remedio que quererla también, ¿verdad? Porque, ya ves... él es más fuerte... ¿Acaso sabe una cómo se enredan las cosas? En fin, lo hecho, hecho está, y no hay quien lo deshaga. Lo mismo da él que otro cualquiera. Ahora lo que necesito es que se case conmigo.

La infeliz se defendía sin sublevarse contra la

autoridad materna, con la pasiva resignación de las muchachas que conocen el trato íntimo de un hombre antes de tiempo y sazón. ¿No era aquella la ley común? Ella no había soñado jamás otra cosa: un atentado brutal detrás de unos matorrales, un hijo á los dieciséis años, y luego la miseria en su casa, si su querido consentía en casarse.

Y no experimentaba vergüenza, ni temblaba ante la idea de que su madre la tratase como á una infame en presencia de aquel joven; y, sin embargo, al verse delante de él, se desesperaba y se sentía oprimida de un modo singular.

Esteban se había levantado, y aparentaba estar avivando la lumbre de la estufa, para facilitar una explicación entre madre é hija. Pero sus miradas se encontraron; él la encontró pálida, ojerosa, guapa, sin embargo, y experimentó cierto sentimiento extraño, en el cual no entraba para nada su antiguo rencor, que había desaparecido por completo; no deseaba sino que fuese feliz con aquel hombre á quien ella había preferido. Sintió en aquel instante deseos de ocuparse en su felicidad, de ir á Montson y exigir al otro que la tratara con miramiento. Pero ella no vió más que lástima en sus miradas; indudablemente la despreciaba mucho. Entonces el corazón le dió un vuelco tan grande, que se vió sofocada, y no halló palabras con que excusarse.

—Eso es; mejor haces en callar—replicó la mujer de Maheu, implacable.—Si vienes á quedarte,

entra; si no, lárgate en seguida, y da gracias á que tengo las manos ocupadas con tu hermana, porque si no, ya te hubiera tirado cualquier cosa á la cabeza.

En aquel momento Catalina recibió en la parte posterior un puntapié terrible, cuya violencia la aturdió de sorpresa y de dolor. Era Chaval, que acababa de entrar por la puerta entreabierta, después de haberla observado un instante desde la calle.

—¡Ah, bribona!—gritó.—Te he seguido, porque suponía que venías aquí á que te hicieran carantoñas. Y tú las pagas trayendo café, con dinero mío.

La mujer de Maheu y Esteban, estupefactos, no se movían. Con un gesto furibundo, Chaval empujó á Catalina hacia la puerta.

—¿Saldrás de una vez! ¡Maldita sea tu vida!

Y al ver que la joven se refugiaba en un rincón, la emprendió con su madre.

—¡Bonito modo es ese de estar guardando la casa, mientras la perdida de tu hija se marcha allá arriba con un hombre.

Al fin había cogido á Catalina por una muñeca, y, sacudiéndola fuertemente, la arrastraba hacia la calle.

Al llegar á la puerta se volvió otra vez á la mujer de Maheu, que parecía clavada en su silla, y había olvidado abrocharse el corpiño. Estrella se había quedado dormida con la nariz pegada á él, y

el enorme pecho pendía desnudo y libre como la teta de una vaca de leche.

—¡Cuando no está aquí la hija, buena es la madre para sustituirla!—gritó Chaval como última injuria.—¡Anda, anda; enséñale la carne, que no le disgusta al canalla de tu huésped!

Esteban quiso salir detrás de su compañero. Sólo el miedo de armar un escándalo en el barrio le había contenido para no arrancarle á Catalina de las manos. Pero, á su vez, se sentía ahora acometido por la rabia, y los dos hombres se encontraron frente á frente, con los ojos inyectados en sangre. Era el estallar de un odio antiguo, de unos celos largo tiempo contenidos. Había llegado el momento de matarse.

—¡Cuidado!—rugió Esteban rechinando los dientes.—¡Cuidado, porque te arranco la lengua! —¿Prueba á hacerlo?

Miráronse aún durante algunos segundos tan de cerca, que el aliento de cada cual caldeaba el rostro del contrario. Catalina, suplicante, por evitar la riña, cogió á su querido por la mano, y le rogó que se fuera con ella. Y arrastrándolo casi, huyó del barrio, sin volver la cabeza atrás.

—¡Qué bruto!—murmuró Esteban, cerrando la puerta violentamente, y agitado de tal manera por la cólera, que tuvo que sentarse.

La Maheu no se había movido. Hizo un gesto significativo, y hubo un momento de silencio pesado y embarazoso, precisamente por las cosas que

callaban. A pesar de sus esfuerzos, volvía sin querer la vista hacia el seno de la mujer de Maheu, hacia aquel pedazo de carne blanca, cuya vista le trastornaba ahora. Verdad es que ella tenía cuarenta años, y estaba deforme, como buena hembra que había producido mucho; pero aún había muchos que la deseaban. La buena mujer, sin apresurarse, se había cogido el pecho con las dos manos, y lo encerraba en el corpiño. Un botón color de rosa se obstinaba en quedarse fuera, lo apretó con el dedo, y abrochó en seguida los botones del vestido.

—¡Es un canalla!—murmuró al cabo.—Sólo un canalla de los peores puede tener semejantes ideas... ¡A mí me importa poco! La cosa no merecía respuesta.

Luego, con acento de franqueza, añadió, sin quitar los ojos del joven:

—Es verdad que tengo mis defectos; pero jamás he tenido ese... No me han tocado más que dos hombres; uno cuando tenía quince años, y luego mi marido. Si mi marido me hubiese abandonado como el primero, no sé qué hubiera sido de mí; y si desde que nos casamos le he sido fiel siempre, no hago alarde de ello, porque, al fin y al cabo, no han abundado las ocasiones de faltarle... Pero digo la verdad, lo que es; y no hay muchas vecinas que puedan decir otro tanto. ¿No es cierto?

—Sí que lo es—respondió Esteban levantándose

Y salió á la calle, mientras ella se decidía á avivar el fuego, después de haber colocado á Estrella,

dormida, entre dos sillas. Si su marido había pecado algo y lo vendía, tendrían qué comer.

Era de noche, una noche fría y desapacible, y Esteban caminaba en la oscuridad, acometido de profunda tristeza.

Ya no sentía cólera contra el hombre ni compasión á la pobre muchacha maltratada. La escena brutal á que acababa de asistir se borraba, haciéndole pensar en la realidad terrible de los sufrimientos de la miseria. Pensaba en aquellas casas sin pan, en aquellas mujeres, en aquellos niños que se acostarían sin comer; en todo aquel pueblo, luchando heroicamente y muerto de hambre. Y las dudas que á veces le acometían acerca de la razón de su conducta, surgían de nuevo en la melancolía del crepúsculo, y le atormentaban con más furor que nunca. ¡Qué terrible responsabilidad asumía! ¿Debía aconsejarles aún la resistencia, cuando ya nadie tenía ni dinero ni crédito? ¿Cuál iba á ser el desenlace terrible del drama, si no llegaban recursos de ninguna parte, si el hambre comenzaba á cebarse en ellos y les quitaba el valor? Bruscamente tuvo la visión del desastre: chiquillos que morían y madres que sollozaban, mientras los hombres, obligados por la horrenda necesidad, volvían al trabajo. Continuaba caminando al acaso, tropezando con los pedrúscos en medio de la oscuridad, y torturado por la idea de que si la Compañía resultaba más fuerte que ellos, tendría la culpa de las desdichas de sus camaradas.

Cuando levantó la cabeza se vió á las puertas de *La Voreux*. La masa sombría de sus edificios lo parecían aún más grande por efecto de la oscuridad crepuscular. En medio de la desierta llanura que la rodeaba, obstruída por las grandes sombras inmóviles, parecía un trozo de fortaleza abandonada. En cuanto la máquina de extracción se detenía, el resto de vida que se notaba en sus muros se escapaba, y á aquella hora de la noche nada la animaba, ni una voz, ni la luz de un farol.

Esteban contemplaba aquel espectáculo sombrío, y la sangre afluíá á su cabeza. Si los obreros tenían hambre, la Compañía se arruinaba. ¿Por qué había de ser élla la más fuerte en aquella guerra sin cuartel entre el trabajo y el capital? En todo caso, la victoria le costaría muy cara. Luego contarían las bajas que cada cual hubiera tenido en la batalla. De nuevo le dominaba el deseo ardiente de la lucha; la necesidad afanosa de acabar con la miseria, aunque fuese á costa de la vida. Lo mismo daba morir de una vez que vivir muriendo de hambre y á causa de las injusticias que cometían con ellos. Recordaba sus lecturas mal digeridas, ejemplos de pueblos que habían quemado sus ciudades para destruir al enemigo, vagas historias de madres que salvaban á sus hijos de la esclavitud rompiéndoles el cráneo contra el suelo, de hombres que preferían morir de inanición á comer una sola migaja del pan de los tiranos. Y todo aquello le exaltaba: una feroz alegría destacábase de su profunda

tristeza, y rechazaba la duda, avergonzándose de aquel momento de cobardía. Y en aquel despertar de su ardiente fe, ráfagas de orgullo y de soberbia le animaban, causándole placer la esperanza de ser jefe, de verse obedecido hasta el sacrificio de la vida, de ensalzar su poder y su influencia, para disfrutar de ellos ampliamente el día del triunfo. Ya se imaginaba una escena grandiosa, en la cual se negaba á aceptar el poder, y lo ponía en manos del pueblo, después de haberlo tenido entre las suyas.

Pero volvió á la realidad, estremeciéndose al oír la voz de Maheu, que había estado de suerte, pescando una trucha soberbia, por la que le dieron tres francos. Ya tenían qué comer. Entonces dijo á su amigo que volviese solo á casa, que pronto estaría allí; y entrando en *La Ventajosa*, se sentó frente á Souveraine. Aguardó á que se marchara un parroquiano que estaba en otra mesa, para decir á Rasseneur, sin ambages ni rodeos, que iba á escribir á Pluchart para que fuese en seguida á Montson. Estaba resuelto: quería organizar una reunión, porque la victoria le parecía segura si los mineros del pueblo se adherían en masa á la Internacional.



IV.

LA reunión se organizó en el salón de la *Alegria*, de que era empresaria, como saben nuestros lectores, la viuda Desir, y se convino en celebrarla el jueves, á las dos de la tarde. La viuda, indignada ante las infamias que se hacían con sus hijos, como élla llamaba á los obreros, lo estaba mucho más desde que veía que nadie visitaba su taberna. Jamás se habían visto huelguistas con menos sed; hasta los borrachos se encerraban en sus casas por miedo de faltar á la consigna de ser prudentes hasta la exageración. Así es, que Montson, tan alegre los días de fiesta, estaba triste y desierto desde que comenzara la huelga. Al pasar por la taberna de Casimir y por el cafetín del Progreso, no se veía más que las pálidas caras de los dueños, interrogando al camino: los establecimientos de Montson, desde el café Len-